

BUSCO TU ROSTRO: LAS FALSAS IMÁGENES DE DIOS

Tener una imagen justa de Dios nos requiere vivir en la espiritualidad de la Transfiguración y discernir las imágenes falsas de Dios es poner al fuego del amor de Dios todo aquello que es de cartón-piedra, lo que es lengua de madera, el metal violento que se funde con la muerte. Al fuego del fuego del amor de Dios, quedan sólo, como en el cuento de *El soldadito de Plomo* los dos corazones de oro entre las cenizas de los capitales, miserias e imperios: los sagrados corazones capaces de limpiar las dos lentes de sus gafas y pedir: “Que vea, Señor”.

Paloma Marciel & Fernando Vidal
Madrid, Adviento 2010

Hablar de la imagen de Dios es una cuestión que suele señalar a la idea de Dios que inspira y dirige nuestras actitudes y acciones personales o las de pueblos enteros. Pero en esta meditación os invito a un primer movimiento que nos lleva de las imágenes de Dios –falsas o no- al mismísimo retrato de Dios: el auténtico retrato de la cara de Jesús.

1. El Cristo de Hannan

Es nuestra intención pensar juntos primero de qué modo se puede conocer la imagen de Dios. Y lo vamos a hacer partiendo de ese don y provocación que es el mismo rostro de Cristo, que fue motivo de disputas y guerras entre los hombres en un mundo cabalgado por hordas y medios empeñados en ocultar la Faz de Dios y reducirlo a una meta lucha de ideologías e intereses.

En la espiritualidad cristiana oriental se consideran las imágenes pintadas de Jesucristo revelación y uno de los sacramentos. No es únicamente que sean obras inspiradas o creaciones que inviten a la piedad sino que el icono es el rostro original de Cristo. La contemplación del icono es un acto de encuentro directo con Jesucristo, con su rostro real. Jesucristo no sólo se revela, pues, a través de sus palabras y acciones, transmitidas en los Evangelios, sino a través de su cuerpo, de su gesto, de su Santa Faz. A un icono no se le ve sino que te encuentras con él.

Como ha escrito el pensador cristiano ortodoxo Spidlik, “La tradición iconográfica considera a estas imágenes como fuente de revelación... Se ora ante el icono de Cristo como si él mismo estuviera presente... Entre los occidentales, la garantía de presencia de Dios en la Iglesia es, naturalmente, el sagrario en el que se guarda el Santísimo Sacramento... [En el cristianismo oriental] ocupa un lugar mucho más significativo en su piedad la veneración de los iconos.. a ellos se presta la misma veneración que a la cruz o al Evangelio.” (Spidlik, 1977: p.299-300)

Cuando exploramos de qué forma fue recogida esa imagen del rostro de Jesús, nos encontramos varias vías. La de mayor alcance nos cuenta que San Lucas era, además de médico también un notable escritor y pintor y que junto con su relato de la vida de Cristo dejó pintado el rostro de su madre María tal como él mismo lo conoció.

Pero para avanzar al punto al que nos dirigimos, nos interesa otra historia que explica el origen del quizás más importante canon del rostro de Cristo. Esa historia nos lleva a Edesa, en Siria, en donde su rey en tiempos de Cristo era Abgar V. Éste padecía una avanzada lepra y esta enfermedad no sólo estaba comiéndole el cuerpo sino también el corazón. Un día un mercader le contaba noticias de las tierras por las que había realizado su última travesía cuando le habló de Jesús, de quien había escuchado hablar a un hombre al que Aquel le había curado de la lepra que durante muchos años había sufrido. El rey Abgar, con gran dificultad, se levantó de su trono y suplicó a sus ministros que trajeran a Cristo a Edesa. Pero la mayoría de los ministros consideraban tales historias puras fantasías, otros no querían desproteger sus intereses den la corte y otros simplemente creían que era la última locura de un rey agonizante que no tardaría en ser sucedido.

Uno de los ministros, compadeciéndose del rey enfermo, dio un paso adelante: -Majestad: daré toda mi vida para que veáis al tal Jesús ante vos-.

Hannan se despidió de su familia, quienes estaban divididos porque a unos les parecía una romántica pero insensata debilidad de Hannan ante su viejo rey y a otros les parecía un último acto de fidelidad. Firmó testamento y cabalgó a tierras extrañas a gran velocidad pues temía que la enfermedad de rey llegase a su final antes de que pudiera regresar. A punto de desaparecer ya su ciudad en el horizonte pensó que dejaba la corte en el momento en que estaban todos tomando posiciones para ascender en poder para el siguiente reinado. Volvió el rostro, se cubrió con su velo y para dejar decididamente su tierra aceleró el trote de su cabalgadura, adelantando a sus escoltas. Durante el viaje pensó en quién sería aquel Jesús y por qué razón podía hacer tales milagros que sólo Dios podía obrar. Era un gran misterio. También planeó cómo podría convencer a aquel hombre para que abandonara su país y le acompañara a su corte. Llevaba suficientes tesoros para pagarle pero sabía que alguien que cura leproso pobres tiene tanto valor que no tiene precio. Confiaba en la descripción de aquel mercader que decía que Jesús era un profeta errante que le gustaba andar largos caminos y cruzaba todo tipo de fronteras.

Cuando Hannan llegó a Galilea, ya Jesús estaba en el culmen de su fama y le rodeaban miles de personas. Hannan impidió a los escoltas que le abrieran paso a la fuerza sino que les dejó custodiando los tesoros y trató de deslizarse entre la multitud para llegar a Él. Pese a que Hannan era un hombre ya de edad avanzada, logró llegar suficientemente cerca como para poder verle la cara y casi escuchar lo que hablaba con la gente con que se encontraba. Jesús se subió de un salto a una gran piedra y sonriendo hizo gestos con sus brazos para que todo el mundo se sentara. Así lo hizo también Hannan. Se hizo un hondo silencio y desde muy lejos hasta los escoltas de Hannan podían escuchar “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios...”

Hannan escuchaba fascinado a aquel hombre que no dejaba de sonreír mientras con todo su cuerpo iba pronunciando aquellas palabras que le llegaban hasta lo más profundo del corazón como jamás había escuchado nada en su vida. Veía cómo más y más gente no cesaba de venir a oír al que decían era el mismo Dios. Hannan comprendió que no sólo no podría convencer a aquel hombre sino que era ya muy mayor como para ni siquiera tener fuerzas para abrirse paso hasta Él. Así que como era un hábil dibujante, sacó sus documentos y salvoconductos y con un tosco lápiz trató de dibujar el rostro de Jesús. En varios momentos percibió cómo Jesús le miraba a los ojos pues estaba a un tiro de piedra de Él. La serenidad de su rostro le hacía fácil de retratar y Hannan no entendía cómo le resultaba tan difícil de conseguir un dibujo fiel de Él. Llegó la hora del crepúsculo y encendió una pequeña lámpara para poder dibujar pero no le salía. Tras mucho intentar plasmar en el papel la imagen de Jesús, se dio por vencido: misteriosamente, no se veía capaz. Además Jesús estaba cansado, se le veía sudando y agotado. Se bajó de la gran roca y comenzó de nuevo a moverse entre la gente que trataba aunque fuera sólo de tocarle. Hannan pensó en su rey enfermo y le dio pena la gran decepción que aquél iba a sentir. Ya era imposible de alcanzar. Se cubrió la cabeza con el velo y se dio la vuelta dispuesto a dejar fracasado aquella misteriosa tierra de Jesús.

De repente, cuando andaba lento inmerso en tan sombríos pensamientos viendo la vacilante llama de su lámpara, sintió que alguien le tocaba el hombro con decisión. Se dio la vuelta y era el propio Jesús quien se había abierto paso hasta él. Hannan le miró a los ojos y se quedó sin palabras que decir. ¡Tanto había pensado durante la larga travesía qué decir, cómo convencerle y ahora se sentía incapaz de pronunciar ninguna palabra! Jesús le sonrió y le preguntó: “Estoy cansado, ¿me dejas tu velo para secarme el sudor?”. Hannan se lo quitó sin pensar siquiera la respuesta y se lo entregó. Jesús suavemente secó su cara en el velo, también llamado mandylion, se lo devolvió a Hannan y le sonrió de nuevo. La gente les empujaba y cuando Hannan recobró la palabra ya se encontraba lejos de Él.

Hannan se echó a llorar y casi se derrumba al suelo si no fuera porque sus escoltas habían logrado llegar hasta él. Lloraba porque se reprochaba no haberle podido transmitirle el mensaje de su rey. Él, que era un consumado político, un diplomático hábil y un cortesano locuaz, un hombre de grandes discursos y capaz de moverse desde joven en los ambientes más adversos, se había quedado sin palabras ante aquel sencillo hombre de pueblo. Pero también lloraba porque la presencia de aquel Jesús le había hecho que se le diera la vuelta el corazón.

De repente, a la luz de su débil lámpara vio el mandylion y lo vio cruzado por oscuros trazos. -¿Qué era aquel negro sudor que tenía el pobre Jesús?-, y le sobresaltó la preocupación por una posible

enfermedad de aquel profeta de la paz y la salud. Desplegó todo el velo y entonces pudo contemplar el enorme regalo que aquel hombre le había hecho: en todo el velo se encontraba trazado el rostro de Jesús. Hannan se arrodilló y dijo: Verdaderamente éste hombre es el Hijo de Dios.

Hannan dobló el velo y puso rumbo de nuevo al reino de Edesa y durante todo el viaje no lo despegó de su pecho. Tanto Hannan como sus escoltas volvían sobrecogidos por aquel encuentro y no dejaban de hablar entusiasmados sobre lo que no les cabía en el corazón: que aquel hombre era el mismo Dios. El velo no hacía sino confirmar lo que a todos se les había aparecido como una evidencia mientras le veían y oían durante todo aquel día.

Hannan llegó a la corte y sin pasar ni por casa se dirigió a la sala del trono. Entró sin anunciarse y poniéndose ante su rey en pie desplegó con las dos manos el mandylion ante él. Al ver aquel rostro el rey Abgar entendió que el propio Jesús se presentaba de aquella forma ante él y le invadió una paz que jamás había conocido. El rey Abgar y Hannan se convirtieron al cristianismo junto con todas sus familias. La historia nos atestigua que la enfermedad remitió y que su reinado vivió una última etapa, la más brillante de toda su vida, ayudado por su fiel Hannan, a quien nombró consejero personal de su familia y su hijo cuando Abgar abdicó en él. Lo último que hizo el rey fue mandar erigir un templo donde colgaran el icono del mandylion a todos los que quisieran encontrarse con él y pidió que le enterraran cerca de él.

¿Qué había de verdadero en aquella imagen de Dios que tanto sanaba y creaba tanta paz?

Permitidme un inspirador epílogo a este relato del mandylion. Tenemos que avanzar siglo y medio hasta llegar al año 201, momento en que la iglesia de Edesa ya era considerada muy antigua y la ciudad contaba con un obispo apostólico. Toda Edesa era tan de Dios que habían sacado el mandylion del templo y lo habían expuesto en un nicho encima de la principal puerta interior de las murallas de la capital. Tan sólo una pequeña lámpara en recuerdo del sabio Hannan estaba junto con el icono de la santa Faz y toda la ciudad prosperaba con su mirada.

Pero muchas décadas después, tal era la felicidad de la ciudad que provocó envidias y se vio envuelta en un conflicto con fuerzas invasoras. Así que temeroso de que tomaran la ciudad, otro obispo mandó que para proteger el icono se emparedara en el lugar más seguro de la ciudad, que era aquel nicho de la fuerte muralla. El día que se cerró se hizo una sencilla y discreta celebración y el mismo obispo, antes de poner la última piedra puso dentro la lámpara encendida que les representara a todos como la única y breve vida que tenían, como compañía para la Santa Faz.

Efectivamente, las guerras con los paganos acecharon a la ciudad durante décadas ambicionando una riqueza que sobre todo consistía en una unidad y sabiduría popular que no se podía robar. Y, desgraciadamente, cuando amainaron esas guerras fue el imperio persa quien se alzó amenazando a toda la región. Tan sólo en el siglo sexto la ciudad se vio liberada de tan amenaza gracias a una contundente victoria que derrotó en 544 el asedio a que les había sometido Cosroes, rey de los persas.

La ciudad se desató en una enorme fiesta de agradecimiento a Dios y toda la ciudad fue congregándose alrededor de aquel rectángulo de piedra tras el cual decía la tradición popular que se encontraba el icono de la Santa Faz de Cristo. Al caer la tarde se organizó espontáneamente una gran celebración de descubrimiento del nicho y el mismo obispo de la ciudad acudió, se subió a un andamio que el pueblo había elevado y con un martillo golpeó las piedras hasta que una se comenzó a mover. Pero estaban tan fijadas que se hizo tarde y era ya de noche. La gente sostenía en alto antorchas y unos obreros lograron liberar el resto de las piedras. Al caer las últimas algo caóticamente todos, incluido el obispo, se retiraron atrás y ante la vista de todo el pueblo apareció el rostro de Cristo en el icono del mandylion allí en lo alto, presidiendo la muralla de la ciudad. Tan alto, apenas se habrían distinguido sus rastros sino porque -y este fue un gran signo- al abrir el nicho había una vela que inexplicablemente continuaba encendida con una fuerte luz dando luz al rostro de Cristo tantos años en la interioridad y ahora a todo el Pueblo de Dios.

¿Qué lámpara arde en nuestro interior que ilumina la verdadera imagen de Dios? ¿Qué piedras hay que remover en nuestras murallas para que nos dejemos ver por el rostro de Dios? ¿Qué tenemos que

vencer para que Jesús sea rostro resplandeciente ante el mundo? ¿Qué guerras debemos pacificar para que nos pongamos a buscar el rostro de Dios?

El mandylion es la fuente que inspira todos los iconos de Cristo en los iconos de la Iglesia oriental. El mandylion de Cristo continuó su historia hasta nuestros días. En 787 el Concilio de Constantinopla se refiere a él y después se puede seguir su pista en la iglesia de Pharos. Pero cuando se desataron las guerras de las Cruzadas fue tal el caos y la confusión que la pista del original de Edesa se perdió por los siglos.

¿Qué guerras nos han hecho perder a la Iglesia a lo largo de los siglos la verdadera imagen de Dios? ¿Qué guerras interiores hacen que cada uno la perdamos?

Afortunadamente, se habían hecho numerosas copias del canon original, que han seguido inspirando la tradición del mandylion hasta hoy, pero quizás en un rincón olvidado, en una estancia bajo escombros, en un nicho desconocido de tanto protegerlo por miedo al pecado de los hombres, en una oscura intimidad... el rostro de Cristo nos esté esperando encerrado por quienes quisieron defenderlo. Quisiera encontrarlo y mostrar al mundo el verdadero rostro de Dios. Sabemos que es difícil porque son nuestras manos y nuestro gesto, como en la historia de Hannan, quien debe pintarlo y reflejarlo. Vamos quitando piedras poco a poco de nuestro rostro emparedado con la intención de que nuestra vida amurallada refleje a aquel que nos tocó en el hombro y nos llamó.

Sabemos, además, que no es nuestra habilidad ni nuestra fuerza la que hará que podamos comunicar la imagen de Dios sino que es un don, un regalo del Señor. Ojalá encontremos esos lugares donde escondimos el rostro de Jesús, ojalá abramos a Él y al pueblo nuestro interior; ojalá al menos arda siempre nuestra pobre y fiel lámpara encendida como en el sagrario junto a Él.

Tal es la fuerza de esta tradición que la espiritualidad latina se dotó de otro relato sobre el rostro de Cristo, impulsadas por los franciscanos a comienzos del siglo XV: la Santa Faz de la Verónica. En este caso nos encontramos una situación parecida. El rostro de Jesús suda y sangra y la Verónica se lo limpia y seca con su propio velo, donde queda impregnada la Santa Faz. Las reliquias del Paño de la Verónica se veneran en Roma (Basílica de san Pedro), en París (Basílica del Sacre-Coeur) y en España (Alicante y Jaén).

En ambas tradiciones nos encontramos una lección importante para nuestra meditación de esta tarde sobre la verdadera imagen de Dios: el rostro de Jesús quedó reflejado por un acto de misericordia. El ministro deja su precioso velo a aquel hombre para que se limpiara el rostro y la verónica arriesga su vida por puro amor para limpiarle el rostro ensangrentado al condenado a muerte de cruz.

El verdadero rostro de Cristo quedó en la mirada de Verónica y Hassan, en el propio rostro de estos dos amigos de Jesús. Tengo la seguridad de que lo que sanó el herido corazón del rey Abgar no fue la visión del mandylion sino la fe que le transmitió Hassan.

Podríamos expresarlo de esta forma: los únicos colores con los que se puede pintar el rostro de Dios son los de las pinturas de la misericordia, la distinta gama de óleos de la misericordia. Todas las ideas sobre Dios son razones que para cobrar forma y fijarse necesitan el color de la misericordia.

Podría tener toda la fe del mundo y podría contar y dibujar la imagen de Dios, que si no tuviese caridad no vería nada. Sin la caridad, todas las cosas lo que decimos sobre la imagen de Dios son, como en el relato del rico Hassan, esbozos y bocetos y borradores de trazo grueso y confuso que no dejan ver la vida tal cual es.

Así pues, tenemos una primera conclusión fruto de esta narración de la Santa Faz: la imagen de Dios está pintada, pensada, vivida, hecha de misericordia. Sólo con la pigmentación de la misericordia, podemos hacernos idea de la imagen de Dios. No es una cuestión de ideologías ni de sistemas teológicos ni de doctrinas morales sino que, aunque éstas nos ayudan a formarnos idea, sólo la misericordia nos ayuda a revelar, como en una instantánea fotográfica, la verdadera imagen de Dios.

Como dijo nuestro querido hermano Roger de Taizé, “Dios sólo puede amar”. Nada es de Dios si no es un modo de amar. Nada es de Dios si no se conjuga con el verbo amar. Esta es la imagen de Dios: quien siempre y solamente ama sin límite a todos sin excepción.

2. El Cristo de las chicas necias

Las discusiones que motivó la representación del rostro de Dios desembocaron en violentos conflictos que hicieron correr sangre. Las luchas iconoclastas debilitaron a la Iglesia en Oriente tanto como para desencadenar su derrumbamiento. La disputa de las guerras iconoclastas era ésta: representar la imagen de Dios es una blasfemia. En realidad la clave era ésta: mejor no tener ninguna representación física de Dios porque puede constituir una autoridad que contradiga el poder del emperador. Mejor que la única imagen de Dios sea la propia figura del emperador para que su palabra sea absoluta.

¿Tan poderosa es la imagen de Dios como para provocar guerras? La historia nos ha enseñado el poder de movilización que tienen las distintas imágenes de Dios y con seguridad estos años que vivimos serán recordados por cómo la imagen de un Dios más parecido al reglamentista Jabert de *Los Miserables* que al compasivo Valjean, ha provocado la mayor cadena de atentados terroristas masivos de la historia.

Nuestra meditación sobre las imágenes de Dios va en una dirección distinta de las discusiones acerca de si es posible hacer un retrato de Dios. Dios ya dejó resuelto esto en su Encarnación: Jesucristo es la imagen de Dios que viene a recordarnos que la propia humanidad es imagen de Dios, está hecha a la imagen de Dios.

Así pues, la imagen de Dios no es asunto de una reflexión especulativa acerca de qué se puede decir de Dios o, más bien, qué no es Dios, sino que conocer el rostro de Dios nos invita a amar el rostro de Cristo, a amar lo que el Hombre es.

Dios nos da un don familiar a todos los amigos: puedes hablar de él. ¿Cuándo consideramos que alguien puede hablar legítimamente de nosotros? ¿De quién consideramos que podemos hablar con toda confianza y verdad? De aquel a quien reconocemos como un buen amigo. Cuanto más unido estamos a alguien, más sentimos que podemos hablar mejor sobre quién y cómo es. Dios no se queda oculto tras un velo de misterios inaccesibles: la Encarnación y todo el camino del Antiguo Testamento hacia ella es la relación con Dios como un hermano de quien conoces su interioridad. La Encarnación es la consecuencia de la historia de amor de Dios por su pueblo; la Encarnación es el exceso del amor, el amar de Dios hasta el extremo al Hombre: me hago carne como Tú.

Dios revela en la Encarnación cómo la propia carne del Hombre manifiesta la Gloria de lo eterno. Dios promete que la carne resucitará. No promete el mismo cuerpo sino la misma carne: aquella que nos permite abrazarnos, acariciar, sentir, saber, gozar. No el cuerpo que puede morir sino aquella realidad del hombre que es capaz de hacer suya el mismo Dios para hacerse persona: esa carne que es conciencia, esa carne que en el curso de la historia del universo de pronto apareció como algo capaz de saber lo infinito y amar al Eterno, de querer el bien, saber la verdad y sentir la belleza. Las palabras, incluidas las pronunciadas por Cristo, son de carne, que sucede en un cuerpo.

Así pues, la Encarnación nos plantea ante la discusión de las imágenes de Dios con una perspectiva diferente a quienes se plantean que de Dios no se puede tener ninguna imagen digna. Frente a las reflexiones en que se afirma que de Él no se puede decir nada y que el descubrimiento de Dios es un suceso de vaciamientos de toda idea que alcancemos a hacernos de Él, la senda de revelación de Dios nos dice que hablemos de su carne.

Cuando meditamos sobre las imágenes falsas de Dios parece que nos hacemos pequeñitos y Dios se hace tan enorme que flota en las altas bóvedas celestes protegido por el Sol cegador y acantonado tras las nubes. Entonces nos preguntamos si lo que pensamos de Él se corresponde con lo que es. Parece que nos acercásemos al Oráculo y metiésemos por la boca de la estatua de Dios un papel enrollado donde pone lo que nosotros pensamos de Él, cómo vivimos a Dios, qué hablamos de Él. De nuevo nos convertimos en hombres que trataban de hablar a Dios con la magia, parecemos ciegos que palpan el aire buscando las paredes de la estancia.

Dios, por la Encarnación, nos invitó a otro modo de conocerle. Nos propuso otro modo de que incluso le conociéramos físicamente aquellos que no recibimos el don de poder caminar junto con Él por los caminos de Galilea.

Las imágenes de Dios no es la consecuencia intelectual o moral de nuestros pensamientos o de un modo de ajustarse o no a la voluntad de Dios. No es el resultado de unas enseñanzas que nos van inculcando cómo es Dios y qué hace, como si hablásemos de un gran muñeco o una gran máquina celestial y eterna. La imagen de Dios no es el libro de instrucciones de cómo funciona Dios.

Dios nos propuso un modo diferente de conocerle y para hacerlo Dios salió al paso de la Humanidad como suele aparecer y asombrarnos el amor: inesperado en medio de la vida, sorprendiéndonos en medio de la historia de los siglos en una colonia en las últimas fronteras del imperio, en el centro de un pueblo olvidado por la Historia y olvidadizo de Dios.

El modo de conocerle es la clave para saber el modo de obedecerle. La obediencia a Dios no procede del ajuste conductista al código moral y jurídico que hayamos ido formando a través de las tecnologías de la doctrina. No, la llave que abre la puerta tras la que está Dios es el modo de conocerle.

Las jóvenes tontas se impacientan esperando al Novio que tiene que llegar, a quien va a darles su vida y va a hacerles dar vida. Imaginemos a cada joven que quiere ser novia, que espera tras la puerta del tiempo a que llegue aquel que va a ser con quien pase el resto de su vida, que va a hablarles de cómo será su vida: dónde vivirán, a qué industria y arte van a dedicar sus horas del día, cómo vestirán y con qué apariencia se verán en los espejos. Va a hacerle sentir su cuerpo y hacer conocer a la novia los últimos misterios que ella guarda sobre su propio cuerpo. Va a abrirse la puerta y ella verá en el rostro del novio la cara de sus hijos. Pues bien, la novia espera y espera en medio de la oscuridad de la noche, de la inclemencia de la vida y no abre la puerta. Dice el relato evangélico que se duermen las vírgenes necias y suponemos que es por cansancio. Pero no es así: se duermen porque no soportan el misterio de la propia espera y quieren tener al novio ya y entonces se entregan a soñar con Él. Necesitan impacientemente saberle, sentirle, tenerle, obedecerle y toman el atajo de soñarle. Las chicas necias se hacen su imagen del novio y poseen su ensueño.

Las chicas necias no resisten la tentación de apropiarse a Dios en vez de relacionarse con Él a través de la espera. Y posiblemente cuando llegue les decepcione, prefieran su sueño. Aman tanto su ensimismamiento que puede que el verdadero rostro del novio no se ajuste al tipo de imagen y vida que se han hecho. Entonces, aunque el novio aparezca ante ellas, cruce todos los umbrales, haga prodigios a su encuentro, ellas no reconocerán su rostro.

Cuando el Novio llegó, las chicas necias siguieron soñando despiertas y no le reconocieron.

“¡Señor, déjame que baje a avisar a mis familiares de quién eres! ¡Viven en el ensueño de sus banquetes, del calor de sus mesas repletas, de las puertas cerradas que protegen sus casas y no saben que te son infieles!”, dice Epulón cuando se derrumba al conocer el verdadero rostro de Dios. “¡Déjame que baje como un fantasma y les haga sentir el terror de sus débiles cuerpos, la vanidad de sus ensueños, la crueldad con que consumen sus vidas de consumo! ¡O al menos deja que baje Lázaro a decírselo!”

“Señor, deja que el Novio abra una y mil veces la puerta! ¡Baja Tú mismo con todas tus luces resplandecientes y despierta con tu eterno y luminoso día a las chicas que sueñan despiertas! ¡Muévelas con tus terremotos para que se despierten! ¡Ponte delante de ellas a un palmo y hazles sentir tu terrible y fascinante presencia!”, dirá la primera novia cuando muera y llegue ante la puerta del cielo.

Pero Dios responderá lo mismo: “Mira. Ni aunque bajara Moisés y pusiera sus Tablas de Piedra ante sus ojos; ni aunque bajara Ezequiel y levantara los huesos resecos del valle de los muertos; ni aunque bajara el mismísimo Elías con su carro de fuego y se pusiera ante ellos, despertarían de su sueño, escucharían los lamentos y advertencias, abrirían las puertas blindadas y acorazadas de su contenido.”

Soñamos despiertos doctrinas, ciencias, raciocinios... Acomodamos a Dios a lo nuestro, “traemos a Dios a lo nuestro” (dice San Ignacio de Loyola), le usamos diciendo que es lo que no es...

Y entonces la cuestión de las imágenes de Dios se vuelve un combate de ensoñamientos. Entonces sí son útiles las espiritualidades del despertar, de la griega Metanoia, aquellas espiritualidades cuaresmales que nos exhortan a liberarnos de nuestros ensoñamientos y encender la luz de la espera.

Las chicas sensatas esperaron. Esperaron con una pequeña lucecita en medio de la indigencia de la noche. ¡Sabe Dios hasta qué hora! El Novio llega siempre asombrándonos, cuando menos le esperan, allí cuando parecía que no podía venir. Es un Dios al que le gustan los imposibles. Es el ciervo de San Juan de la Cruz que aparece en el bosque donde ni nuestros sueños pueden anticiparle.

Cuando ya no es nuestro poder, nuestro saber, nuestro soñar, nuestros pagos y sacrificios de palomas, nuestro cálculo de doctrinas y espiritualidades los que le van a hacer aparecer como en la magia, entonces Él aparece. No por fastidiar ni por burlar a todos los sabios y poderosos y hacer reír a los sencillos, niños y locos, sino por dejarnos claro que es por puro amor, por pura gratuidad, sólo por cariño. Abre las puertas como el amigo que regala su visita incluso “en las ínsulas extrañas”, diría aquel gran amigo íntimo que era San Juan de la Cruz.

Espera, espera, espera... las chicas sensatas eran puro espíritu de Adviento. Eran siete novias, siete días, la Creación entera en todos sus días y siglos y horas y vidas que se convierten en pura espera... La espera es lo contrario de la magia y el cálculo, las tecnologías para controlar a Dios: si hago esto más esto, Dios se ve obligado a salvarme... Contra esto se rebela Lutero: no contra la acción sino contra las obras como otra magia conductista para domar a Dios.

Dios juega no a los dados ni va al Casino de la Redención, que debe quedar en alguna reserva de nativos protegidos del Nuevo Mundo, las reservas de los últimos mohicanos; los casinos donde venden a la diosa Fortuna los que se creen los últimos cristianos.

¿Transformamos a Jesucristo en un Dios de la Fortuna? ¿Cuáles son nuestros cálculos, nuestras pociones de Harry Potter: unas buenas obras escogidas, unos tabúes de respeto, unos adecuados tiempos de oración, unos sacrificios que cuesten sudor y sangre y ¡la Salvación sale de la chistera de Jesucristo convertido en Mago! ¡Convertirá el oscuro pozo en hueco de la chistera y nos sacará a la vida eterna como un blanco y angélico conejo! ¿Qué tuvo que hacer el pobre conejo para que el Mago le sacara a él y no a otro de los miles que había en el fondo de la chistera? El gran truco prodigioso del Mago no es que sacara un conejo de su sombrero sino que en el fondo de él haYa miles esperando.

¿Tratamos de domar a Dios con nuestra magia de sacrificios, tabúes y compensaciones?

Ése es el Dios de Caín. Caín hacía todo lo que indicaba la tradición y lo hacía mucho mejor que Abel, quien llevaba casi como la cigarra una vida en busca de la belleza. Caín seleccionaba lo mejor de sus frutos, lo limpiaba respetando los tabúes, construía un precioso altar y lo hacía siempre sin olvidarse nunca en el momento y lugar adecuado. Abel era más creativo, más espontáneo, rendía un culto más libre aunque también dentro de la tradición y era objeto de desprecio por parte de Caín. Pero Dios, que ama gratuitamente y sin medida, mostraba signos no sólo de seguir amando a Abel sino de darle mayores dones que a Caín, quien vivía dignamente pero era celoso de su Dios. Así que como el hermano del Hijo Pródigo, reprochaba a Dios celosamente que fuera más de Abel que de él. Todos sabemos cómo acabó el pobre Abel y la vida de remordimientos y quebranto interior que arrastró Caín, quien nunca se creyó que Dios le perdonara y que exigiera a los hombres que perdonaran a Caín.

Caín trataba de domar a Dios con su ingeniería de la vida buena. Abel se regalaba con Dios por puro amor, intercambiaban dones gratuita y libremente sin más búsqueda que la de, como canta San Juan de la Cruz, “la figura del Amado”.

Saquemos una conclusión de esta segunda exploración: ¿cuál es el modo de formarnos la imagen de Dios? ¿Y por qué nos encontramos que ninguna imagen es capaz de contenerle, es capaz de atarle, de

retenerle? ¿Por qué es tan fácil que nuestros iconos se conviertan en fetiches que sólo hablan de una parte muy pequeñita de Dios y no del todo?

Porque Dios permanentemente adviene y excede. Dios sucede en el Adviento y en el Exceso. Como las chicas que buscan al novio, esperamos y esa espera es la de la Virgen María, que conoce a Dios en sus mismas entrañas. María se forma la imagen de Dios entrañándole.

No es un ser extraño, exterior, a quien intentamos vislumbrar entre misterios y resplandores sino que Dios se revela en el interior de cada uno: vive en nuestra interioridad. A Dios se le conoce entrañablemente, haciendo silencio en nuestro interior para acallar todos el ruido del tráfico desordenado de nuestras vidas, enmudeciendo todos los monólogos interiores, liberándonos de todas las cadenas y herrumbres que impiden el paso de Jesús por las calles de nuestro cuerpo y de nuestro pueblo: en el interior de cada uno y en el interior del Pueblo de Dios.

“¡Volved al corazón!”, nos dice hoy San Agustín y su voz suena y nos llega desde más de 1.500 años atrás. Su espiritualidad nos insta a la primacía de la interioridad, a ser entrañables en un mundo de extraños. Nuestro tiempo multiplica las distracciones. Se puede vivir perdido en los miles de estímulos y tareas exteriores sin abajarse a la pobreza ni meterse en la realidad. Vivimos en exteriores de una película, vivimos externalizados subcontratados a otro que vive por nosotros, vivimos extrañados: hay que ir del extrañamiento al entrañamiento, de lo extraño a la entraña. En un mundo donde cada vez somos más extraños unos de otros, debemos ser más y más entrañables.

La imagen de Dios no trata de estirar los dedos para tocar un lejano trampantojo esbozado en el alto cielo sino que la imagen de Dios es un fresco en nuestra interioridad que Dios pinta y nos regala al final de cada jornada. A Dios no se le extraña, se le entraña.

¿Y por qué pese a todo tenemos la sensación de que la imagen de Dios se nos escapa, que no podemos captarla fija? Porque Dios es un continuo exceso de amor. Dios excede todas las imágenes que concebimos. En cuanto contemplamos el fresco que Dios pinta cada día en el interior de cada uno y de su Pueblo, ya ha quedado excedido por la continua creatividad del amor de Dios.

De Dios podemos vivir la mayor parte de las veces lo mucho que le esperamos en tantas cosas en que necesitamos su presencia. De Dios hablan las profundas esperanzas que anidan en el fondo de la condición humana. Nuestra imagen de Él es la de la Anunciación, la de la vida oculta del Jesús que esperamos, la del olvidado en la Cruz, la de la Resurrección discreta, la de la Iglesia peregrina a lo largo de los siglos en búsqueda. Así pues, por un lado la imagen de Dios es la buscada, la deseada, la del peregrino que espera.

Cuando hablamos de las imágenes de Dios solemos referirnos a ideas que las personas poseen de Dios. Bien, pues lo primero que tenemos que decir es que la imagen de Dios sobre todo se espera, es un don que nos viene, que no podemos poseer y manejar sino a la que sólo podemos entregarnos, ir hacia ella, peregrinar a Dios.

Y de Dios tenemos que reconocer la mayor parte de las veces que siempre se pasa, lo mucho que se excede. Si comenzamos a examinar todo lo que nos ha sido dado a lo largo de nuestra vida, los cientos de personas que nos han dado lo mejor de ellos incorporándolo a nuestro interior, se alza en nosotros un gran canto de gratitud. Vivir en cristiano es vivir agradecidos. Gratitud y gratuidad manan de una única fuente, la fuente de la gracia, que es Dios dándose. A veces la idea “gracia” es difícil de comprender, parece que es una argamasa que se encuentra en medio de todo lo que tiene que ver con Dios y el hombre. La gracia es Dios dándose, es Dios en el acto de darse. Dios excede nuestra idea de Él. Dios ama hasta el extremo hasta el fin de los tiempos y su amor no deja de crecer conforme le nace un nuevo hijo, conforme nos da y le regalamos un nuevo hijo.

Tampoco por aquí podemos vivir muy tranquilos cuando alguien intenta tener posesivamente una imagen de Dios porque Dios siempre excede lo que pensamos de Dios. Es un río bravo, un río que desborda y arrastra todas las presas con que intentamos domarle, controlarle y usarlo para nuestros propios fines impropios del amor de Dios.

Todos los profetas atestiguan que Dios es una experiencia de fuerza mayor. El exceso de Dios en el amor por sus profetas queda reflejado en esta declaración de Amós:

Yo no soy profeta ni del gremio profético;
Soy ganadero y cultivo higueras.
Pero el Señor me arrancó de mi ganado
Y me mandó ir a profetizar a su pueblo, Israel. (Am 7,14)”

También Isaías confiesa su vivencia de la fuerza mayor con que Dios tomó e impulsó su vida:

Así me dijo el Señor mientras su mano me agarraba
Y me apartaba del camino de este pueblo... (Is 8,11)”

Ezequiel sintió a fuerza del exceso de Dios como ese río que le arrebató:

El espíritu me cogió y me arrebató
Y marché decidido y enardecido
Mientras la mano del Señor me empujaba (Ez 3,14)

Dios nos excede y por eso las imágenes de Dios no son cuadros sino ventanas tras las que ver; no ponen puertas a la gente sino que son umbrales para trascender sus fronteras amando hasta el extremo. No es casual que la espiritualidad oriental conciba los iconos como ventanas y que la espiritualidad monacal latina comprenda el patio del claustro no como un lugar donde quedarse sino también como una ventana, como un pozo, como un puerto.

Las imágenes de Dios no son torres sino caminos; no son martillos de juez sino manos abiertas que invitan a pasar; no son un arco para detectar metales prohibidos en los pasajeros sino son un arco que lanza flechas hacia Dios. La única imagen de Dios adecuada es la que nos invita a excederla para amar más a Dios y a los pobres.

Dios no nos da una imagen sino que nos mira a nosotros para saber quién es, se ve reflejado en la humanidad que hizo a su imagen. Dios no vive en una estancia de espejos, no hay espejos en el reino de Dios sino que su rostro son sus hijos.

Dios adviene y siempre nos excede y la única imagen que nos queda es la del paso de su Amor, la de la Pasión de Dios.

Pero, ya que a la altura de esta meditación tenemos a los profetas cerca de nosotros, hay una cuestión más: los profetas se caracterizaron por una crítica muchas veces tan compasiva como feroz a las falsas imágenes de Dios. ¿Cuáles son las falsas imágenes que hoy en día nos tientan, nos venden, nos alienan?

3. Las falsas imágenes de Dios

Lo dicho anteriormente que tiene que ver con la imagen de Dios -misericordia, entrañamiento, adviento y exceso- hace que haya cosas que en la ventana de la religiosidad aparezcan como partes opacas, grietas en el cristal, polvillo que se acumula poco a poco en nuestras gafas y sin darnos cuenta nos van impidiendo poco a poco ver... Son partes rotas del cristal que hacen que refleje deformado a Dios... O puede que haya parte de la ventana que es espejo y habla más de nuestros intereses que del Dios que queremos buscar. ¿Cuáles son esas falsedades en nuestras imágenes de Dios?

- **Dios no es evidente: A Dios se le busca.**

No sólo los primeros treinta años de la vida de Jesús fueron vida oculta, dice Henri Nouwen: su propia concepción fue un misterioso secreto, su predicación rodeó las ciudades hasta que finalmente llegó a Jerusalén y allí sufrió una condena y ejecución sin importancia para el imperio y para Israel y su propia resurrección fue discreta. El Espíritu se manifestó en una estancia pequeña y cerrada. Dios no nos

deslumbra. Dios no se impone a unas criaturas tan pobres como los hombres que ante su plena presencia quedaríamos velados como una fotografía sobreexpuesta al Sol. Dios no nos vela sino que nos llama a que veamos con amor para encontrarle. Dios se revela porque vela por nosotros, se revela desde el cuidado. Así nos lo recordó Benedicto XVI en Santiago de Compostela: “¿Cómo se hubiera revelado Dios a los hombres si no quisiera velar por ellos?”. Dios es pudoroso con la Verdad, no deslumbra ni ciega sino que atrae a la luz cálida de las velas de una cena, donde se revela.

El Dios que es Jesús, no es el Zeus solar que se impone y ciega a los hombres sino el ciervo de San Juan de la Cruz que hay que ver con el corazón, que no se toca sino acaricia, que no se oye sino acoge, que no se caza sino se ama. Para encontrar al ciervo de Dios, el Cristo Hijo de Dios, hay que quitarse las armas para poder entrar en el bosque; hay que andar ligero de equipaje. Quienes entran con arrogancia, ruido y fanfarria, no ven nunca al ciervo de Dios. Sólo quien piensa a Dios desde la Razón del cuidado, la Razón cordial, la Razón humilde, la Razón comprensiva, la Razón de la espera, la Razón de la caridad, esa razón que es nuestra Fe.

Pero nuestro siglo comienza con grandes masas fundamentalistas que nada buscan sino todo enseñan de Dios. Quieren enseñarlo todo de un Dios que es pudoroso. De nuevo traemos las palabras de Benedicto XVI como peregrino en Santiago de Compostela: “Apoyados en esa fe, busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre. Ésa es la gran tarea, mostrar a todos que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia.”

Pero a la vez que hay fundamentalismos, hay un nuevo ateísmo que como el diablo en el desierto tienta a la Iglesia y al mismo Dios a que se suba a lo alto de los pináculos del mundo y deslumbre al mundo con sus legiones de evidencias. Y Dios se resiste, no quiere velar al hombre sino velar por él y con él. No quiere convertir las piedras en pan sino que nosotros demos el pan; no quiere dejar a las piedras que quieren cantar sino que nosotros las transformemos en campanario e instrumento musical y las hagamos sentir y sonar. “Calla, luego no existe”, denuncian los nuevos ateos en sus anuncios publicitarios. Y no se puede no recordar al Jesús que calla ante Pilatos. Ese Pilatos que dispuesto a creer con tal que Cristo manifieste con evidencia su divinidad. Pero Cristo calla. ¿Ni para salvar su vida? ¿No nos sería más fácil la vida a los cristianos si Jesucristo descendiera a la Tierra envuelto en el firmamento y con todas las legiones de serafines, ángeles y arcángeles con cielo e infiernos abiertos ante Él y ante todas las cámaras de televisión y academias suecas? ¿Sería más fácil la vida? ¿Sería vida?

El silencio de Dios no es el del que calla, el del que enmudece sino es el del día en que todo es posible. El silencio de Dios es el silencio que espera la libertad, es la escucha que espera.

Las imágenes de Dios parece que se nos echan encima y son falsas. Pero parecería que todo esto fuese muy relativista. Por el contrario, no lo es: el relativismo no busca porque todo es igual y porque es igual de válido ver desde cualquier sitio. Dios nos llama a ponernos en camino en búsqueda de la verdad porque Él es Verdad. Dios no sólo es cierto sino que Él es La Verdad. Pero Dios no nos impone una verdad objetiva, exterior y coactiva sino que Dios nos enseña que la Verdad no se posee sino que con la Verdad nos relacionamos. Dios es Verdad que se presenta como bien, como cuidado, como búsqueda amorosa, como misericordia. Así, la Verdad es misericordiosa, es amable, cuida, quiere, busca, aprende... Esto es escándalo.

Es más: Dios aprende. Jesús ante la mujer siriofenicia reconoce que se ha equivocado y por puro amor ante aquella extranjera aprende algo nuevo. Dios se hizo niño, totalmente dependiente de nosotros y de verdad aprendió de niño, de joven y de adulto. Sólo si comprendemos esto con piedad y humildad comprendemos la encarnación.

Por eso sólo quien es sencillo y amante conoce la Verdad y no quien la quiere atrapar sólo con sus leyes y microscopios y se la oculta a los poderosos y soberbios. Es la Razón de la Cruz, la Cruz como Razón.

Y todo eso que es la Verdad –misericordia, cruz, amabilidad, paciencia...- son criterios para ver, para juzgar, para actuar. Son criterios para el más fino discernimiento, son fuentes de la verdadera sabiduría.

Frente a las imágenes que quieren obligar a Dios a la evidencia fundamentalista, atea o relativista, la búsqueda misericordiosa y la Razón de la Cruz, que es la del amor hasta el extremo.

Y al igual que nosotros buscamos a Dios, Dios nos busca. Dios se relaciona con nosotros no como el dueño de la Tienda del Espía sino como el vuelo que busca a la Paloma; con dulzura, buscándonos, llamándonos a ir a Él. Dios no es El Gran Hermano sino el hermano tan pobre que murió por nosotros en Cruz. Dios no es el celoso Caín que espiaba qué hacía y rezaba Abel sino el ingenuo Abel que acabó muerto en Cruz. Esto nos lleva a la segunda falsa imagen de Dios.

- **Dios no es poder: Dios es pobre.**

Si tuviésemos que señalar una segunda imagen falsa de Dios es sin duda la que le relaciona con el poder. El Dios omnipotente que parece que se está aguantando porque como bajara iba a quemarlo todo.

Dios no se desdobló para que bajara Jesús y fuera la versión “femenina” de Dios -amable, dulce, débil, crucificable- sino que son atributos de Dios desde el comienzo de los tiempos (desde el principio Dios era Verbo, Logos, Cristo): amable, dulce, débil, crucificable.

Nuestras manos son sus manos, nuestra voz es su voz. El hombre no puede hacer que Dios mate por sus manos ni que Dios mienta por su boca, pero puede hacer mal uso de lo de Dios. Seguimos pudiendo ir por la creación pisando los árboles que Dios nos ha dicho que no toquemos, que no quememos, que no destruyamos. El árbol del Paraíso sigue pudiendo ser pisado, cortado y consumido una y otra vez.

Dios es el único que puede hacer lo imposible: en eso radica su omnipotencia. Puede excederlo todo pero, recordemos a Roger de Taizé, “Dios sólo puede amar”. Puede amarlo todo y amar hasta el extremo excediéndose siempre en amar más y más. Mientras que la muerte, la violencia, el dominio no pueden más que destruir limitadamente.

Un aspecto clave de la humildad del cristiano es confesar que nuestro Dios es humilde y pobre. Dios no lo hace todo. Lo puede todo pero no lo hace todo. Se ha comprometido a la libertad del hombre. Eso le hace sufrir. Dios sufre, le duele el mundo. Y a la vez eso hace posible el amor, que el hombre pueda actuar por gratuidad.

Éste es el escándalo: Dios no es un superhéroe, Dios no ama a los héroes sino a los pobres. Esto fue insoportable para los griegos de Zeus. Lo insoportable no era la mística del misterio allí donde nacieron los misterios órficos de Dionisos; no fue escándalo la encarnación en un pueblo acostumbrado a los éxtasis dionisiacos donde el dios se encarnaba en corderos, en un pueblo cuya tradición mostraba a los dioses tomando brazos, piernas y cuerpos de amantes y guerreros. Lo insoportable en este pueblo de héroes (héroes de la guerra, héroes de la razón) fue un Dios en cruz.

Dios no se contiene en su furia sino que Dios es Jesús, Dios se hizo niño. La gloria de Dios es su opción por ser pobre.

Esto repugna al joven Nietzsche: el Dios pedigüeño que pide que le sigan, que vengan, que le amen, que le obedezcan. ¿Qué tipo de Dios conocido suplica a los hombres, gime por el mal de los hombres? No es hegemónico pero quiere que todos los hombres le amen.

Por eso la Cruz está en el centro de la revelación de Dios. Dios no es hegemónico, no es un megapoder disfrazado de mendigo. Dios no se disfraza, no aguanta para no saltar, no está atado por sus compromisos.

¿Jóvenes y adultos buscan un Dios que les dé una fuerte identidad, que les dé seguridad, que les dé el consuelo de una venganza final contra los malos del mundo, que les dé magia en un mundo en el que nos sentimos más en riesgo, más impotentes, en el que hay más incertidumbre?

Las iglesias separadas proliferan por el mundo prometiendo que sientan el poder de Dios a los más indigentes, voluntaristas y miedosos. Hay iglesias encastilladas que viven como si fueran “las Iglesias de

los Ganadores". Hay iglesias privadas que se libran de tener que depender del resto del Pueblo de Dios... Sigue siendo un escándalo decir que Dios murió en la cruz.

Esto nos conduce a la tercera falsa imagen de Dios: el Dios por lo privado.

- **Dios no es privado: Dios nos hace su Pueblo**

"¿Tú estás en la Iglesia pública o vas a la Iglesia por lo privado?", podríamos preguntar a mucha gente y a nosotros mismos. La gente discierne claramente que Dios no justifica la coartada del espiritualismo, pero lo que hacemos es asumir el pronóstico de Babel: en el mundo cada uno va a su bola y yo puedo ir a mi bola con Dios. Es decir, transformamos el Mundo de Dios en el Dios de mi Bola.

Este es el drama del Joven Rico. El problema no es que tuviese riquezas: el problema es que quería seguir viviendo a su bola, cumpliendo él en su casa los mandamientos, haciéndose sus planes, administrando poco a poco la mala conciencia sin agobiarse mucho por un Dios que le pide todo.

Dios no nos pide que hagamos de todo pero nos pide que lo demos todo. Muchas veces "hacer más cosas para Dios" es un activismo que lo único que hace es extender las cercas de nuestra finca privada. No se trata de hacer más sino de darlo todo. Somos lo que damos, no lo que hacemos.

Pero a la vez hay quien entiende que Dios no quiere agobios y por tanto no hace nada que le vaya a suponer tensión, agobio, aventura, riesgo, cambiar su agenda. Dios tiene sitio en su agenda pero no tiene la agenda. Dios cabe en la agenda y el domingo y a algunas horas del día se le paga lo suyo por su trabajo de Dios. Dios con suerte cobra el salario mínimo de la misa dominical, aunque todo esto está liberalizándose y ahora se le puede pagar a plazos, rehipotecando o todo al final. Eso sí, todo rebosa los máximos intereses.

Pero hay una ley sagrada de propiedad privada en todo esto: Dios puede pedirme mucho y aun todo pero sólo de mi finca. ¿Cómo puede Dios exigirme algo de la finca de los demás? ¿Cómo voy yo a tener que hacer que la empresa de otro dé resultados? ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?

Pero a Dios le encantan los pueblos, las familias de largas generaciones, las largas travesías en caravana por el desierto, los grupos de apóstoles, la Iglesia.

Es incómodo. Nos obliga a hacer una Iglesia pública, de todos, donde todos dependamos de todos y usemos lo de todos. Contra lo que dicen algunos sectarios, las iglesias son los lugares más libres del mundo: no se exige carnet de partido al entrar, se permite salir cuando se quiera, ya ocupan el mismo lugar el pobre que el rico, se entra a casi cualquier hora y puedes quedarte sin pagar ni cobrar. Ojalá todo en las iglesias reflejara esa condición de igualdad y libertad.

Una de las más nocivas imágenes de Dios es que es un Dios privatizable. Un Dios personal es distinto de un Dios privado.

En el fondo es querer apoderarse de Dios, limitarle, pedirle que te dé la solución aplicable en tu casa, sin cambiar tu agenda, sin cambiar tus ideas, tus pertenencias, tus metros cuadrados. Es el Dios del joven rico: un Dios que no te pide que dejes todo a Dios y que te unas a la gente. El Dios de Jesús es el Dios de la Gente, el Dios de Gentes: el Jesús callejero, de plazas y fronteras, de orillas y montes, de puertos y templos, que nació donde cualquiera podía hacerlo y que murió por lo público, en la cruz del Estado romano.

Un Dios al que no se puede hacer funcionario de tu vida privada de doce a una los domingos y tiempos regalados para el café.

No es el Dios privatizable por un partido ni por una ideología sea de izquierda o derechas, de ricos o pobres, de mujeres o varones, de occidentales ni orientales, de latinos o griegos, de laicos o cleros, de viejas órdenes o nuevos movimientos. Dios no se puede partir, es Dios de todos sus hijos sean

trabajadores o perezosos, caseros o callejeros, santos o pecadores Dios es, como dijo Benedicto XVI en Santiago de Compostela: “de todos sin excepción”.

Como los tres fantasmas del Cuento de Navidad de Mr. Scrooge, las falsas imágenes de Dios se desmontan cuando contemplamos la encarnación: El Dios evidente, el Dios poderoso, el Dios privado.

4. Conclusión: ¿Cómo formarnos la imagen de un Dios que se transfigura?

Terminamos. ¿Cómo puede concebirse la imagen de un Dios que se transfigura? ¿En qué medida nuestra imagen de Dios es justa y se ajusta a la verdad? ¿Por qué Dios nos dio su imagen por la Encarnación en un hombre como tú y como yo?

Jesús modificó la imagen que de Dios se habían hecho hombres y pueblos a lo largo de la historia. Nos enseñó a formarnos la imagen de Dios que es Padre amante, pobre y agradecido. Nos enseñó con María a formarnos una imagen de Dios que se pueda “guardar en el corazón” y no lo rasgue, rompa ni reviente.

Una imagen de Dios que nos da en la misericordia por los que se acercan a Dios (los sencillos: locos, niños, los que militan en la inocencia) y por los otros cuando son como Dios: pobres -la pobreza del sufrimiento, de la miseria, de la enfermedad, de la limitación, de la culpa, de la prisión del odio o de la arrogancia...-.

Una imagen de Dios que no es extraña sino que es entrañable, que descubrimos desde la interioridad: no en lo individual y privado sino desde la interioridad, dejando que todo nosotros se afecte de gratitud. Sintiendo las cosas con toda nuestra vida.

Una imagen de Dios que se nos da en la espera y en la que siempre Dios se excede de amor y nos desata una espera mayor hasta que ya nos encontremos totalmente libres cara a cara ante Él.

San Damián de Molokai nos descubre el escándalo de la imagen de Dios cuando dice que es el leproso: aquel que pierde cuerpo. Él mismo perdiendo trozos del rostro que su madre y el mundo tanto cuidó. ¿Qué es un hombre sin cara? San Damián de Molokai supo ver el icono de Cristo en el hombre de la cara partida. Eso era lo que le faltaba por saber al ministro Hannan. San Damián de Molokai es la espiritualidad de la Transfiguración: el escándalo de que el hombre que da por amor todo su cuerpo a Dios queda hecho de puro amor. La Transfiguración revela con cuidado la gloria de la condición humana, que es eso que compartimos con Dios: el amor.

Tener una imagen justa de Dios nos requiere vivir en la espiritualidad de la Transfiguración y discernir las imágenes falsas de Dios es poner al fuego del amor de Dios todo aquello que es de cartón-piedra, lo que es lengua de madera, el metal violento que se funde con la muerte. Al fuego del fuego del amor de Dios, quedan sólo, como en el cuento de *El soldadito de Plomo* los dos corazones de oro entre las cenizas de los capitales, miserias e imperios: los sagrados corazones capaces de limpiar las dos lentes de sus gafas y pedir: “Que vea, Señor”.

Feliz adviento, feliz exceso.